Año VIII — Barcelona 16 de Agosto de 1911 — Epoca 4.ª—Número 76

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

CONTRA LA GUERRA

MOVIMIENTO INTERNACIONAL

El mitin celebrado el día 8 por la Confederación Nacional del Trabajo, y en el que tomaron parte delegados de la Unión General de Trabajadores de España y de la Confederación General del Trabajo de Francia, fué tan importante que no puede compararse más que con el celebrado en el teatro Nuevo Retiro con ocasión de pedir la revisión del proceso de Montjuich.

A pesar del estudiado—ó pagado—silencio de la prensa burguesa, una hora antes de dar principio el acto se hallaba el amplio teatro de la Marina atestado de trabajadores que acudían á identificarse con la campaña internacional que el proletariado está efectuando. Baste decir, para dar una idea aproximada del público que asistió, que los oradores se propusieron ser concisos en atención de que se hacía irrespirable la atmósfera dentro del local. Ni un hueco había desocupado.

Varios compañeros fueron á expender TIERRA Y LIBERTAD y en un momento se quedaron sin ejemplares.

Antes de empezar el acto se distribuyeron profusamente unas hojas protestando de la expulsión de nuestro compañero Antonio Loredo.

Al presentarse en el escenario los camaradas franceses fueron objeto de una calurosa manifestación de simpatía.

Presidió el compañero Avila y comenzó excitando al público á que se fijara en lo que dirían los oradores, para que no se diera el caso de que parte de la prensa—como ocurrió en Madrid—por error ó por malicia, tergiversen los conceptos, ocasionando procesos y persecuciones. Si esto ocurriera, el público sería el llamado á restablecer la verdad.

Seguidamente usó de la palabra el compañero Jimeno, representante de la Federación de Badalona, quien aconsejó que se desconfiara de lo que propalan los burgueses y algunos elementos diciendo que no hay guerra, porque si se quiere de verdad que ésta no exista deben combatirse las causas que la han de producir antes de que produzcan su efecto. Termina diciendo que cuando estalle, al grito de guerra contestarán los obreros con un ¡viva la paz universal!

Minguet, en representación de los metalúrgicos, dice que los obreros no deben ir á matarse por unos cuantos que parece tienen interés en la guerra. Si la quieren, añade, que vayan ellos y sus hijos, no nosotros que no sentimos odio por nadie. Antes de derramar la sangre de quien ningún daño me ha hecho, dice, prefiero derramar la mía, pero aquí. Considerándola injusta, debemos protestar contra la guerra.

Nuestro compañero Herreros habló en nombre de TIERRA Y LIBERTAD, afirmando que actos como los que se celebran demuestran el arraigo que tienen en el proletariado los ideales de progreso y fraternidad. Por nuestra actitud, añade, se nos tacha de antipatriotas y tal como ellos entienden el concepto de patria, me enorgullezco de ser antipatriota. Y lo soy, porque no puedo aceptar la idea de una patria pequeña, en la que sólo se consideran ciudadanos los que figuran en los registros de la propiedad mientras que los demás sólo constamos en los registros de la policía; de una patria en que el único porvenir de los trabajadores es el hospital si somos sumisos, y la cárcel si somos rebeldes.

Analiza la personalidad de algunos héroes nacionales y termina diciendo: entre Agustina de Aragón que defendió á Zaragoza en la guerra de la Independencia, disparando un cañón contra los asaltantes y estas madres zaragozanas que en las últimas guerras coloniales se echaban sobre los rieles para impedir la marcha del tren que se llevaba á sus hijos, considero más heroicas y gloriosas á las últimas.

Joaquín Bueso, en representación del periódico *Solidaridad Obrera*, afirma que la guerra anunciada puede darse por terminada, porque los gobiernos no se atreverán á emprenderla después de los actos en que el proletariado ha exteriorizado sus sentimientos sobre esta cuestión. El gobierno no irá á la guerra, dice, porque ésta se hace siempre con el proletariado y nosotros no la queremos; nuestras ideas de fraternidad universal nos impiden combatir contra los compañeros de otras naciones y además las guerras sólo benefician á las clases directoras, nunca á los proletarios.

El día que los gobiernos pierdan la confianza del pueblo se acabarán las luchas fratricidas.

En representación del periódico *Salud y Fuerza*, habló Bulfi, protestando contra las guerras, que califica de crímenes de lesa humanidad. Dice que reportaría un incalculable beneficio para España, el emplear los 400.000 fusiles de que dispone, para conducir aunque no fuera más que una pluma de agua á los campos incultos por falta de riego.

El sindicalista francés Desmoulins, que ostenta la representación de la Confederación General del Trabajo de Francia, se muestra satisfecho de la acogida que le han dispensado los obreros de Madrid y Barcelona y del trato recibido por parte del gobierno español, á pesar de la advertencia que les ha dirigido por conducto del gobernador de Barcelona, de que no se extralimitaran en sus manifestaciones.

Afirma que no debe decirse guerra á la guerra, sino guerra á los que la preparan, que son los gobiernos esclavos del capital, los grandes financieros, la alta banca y los poderosos industriales constructores de armas que se llaman Krupp en Alemania y Schneider en Francia.

Ante la posibilidad de una movilización, añade, es preciso que el proletariado se organice para oponerse á ella, recurriendo á su arma más poderosa, la huelga general. Vale más, dice, perder la vida en casa, en nuestro país, que en el extranjero.

Terminado el discurso, que lo pronunció en francés, lo tradujo al público en español el compañero Bulfi.

Adrián García, representante de la Unión General de Trabajadores de España, agradece el recibimiento que se le ha tributado en Barcelona. A la estación, dice, acudisteis vosotros, amigos y compañeros de trabajo, y acudió también la policía en número exorbitante; sólo que vosotros vinisteis guiados por el cariño y ellos en cumplimiento de su deber de asalariados.

Hace tiempo que hemos organizado mitins contra la guerra; el primero lo hicimos en Berlín, el último no sabemos dónde será. No cejaremos en esta campaña aunque nos cueste peligros y persecuciones: por el mitin de Jai Alai ha sido llevado á la cárcel nuestro compañero García Cortés, pero eso no nos arredra. Escojan ellos sus víctimas, que nosotros seguiremos nuestra campaña y antes responderemos con nuestra vida que con nuestro silencio.

No queremos la guerra; que la sostengan los que se lucran con ella, pues á nosotros sólo nos causa perjuicios. Cuando en las guerras últimas nuestras familias acudían presa de dolorosa angustia á las redacciones de los periódicos para enterarse de las listas de los muertos, ellos, los capitalistas, iban al Banco para conocer la cotización de los valores.

Queremos la guerra contra la ignorancia, contra la incultura y aun la misma de Marruecos con las armas del cultivo. Terminó diciendo: En nombre de la Unión General de Trabajadores, os digo que los obreros de Madrid responderán al grito que den los obreros catalanes contra la guerra.

Termina preguntando, en nombre del pueblo madrileño, si en caso de guerra se opondrán á que salgan soldados.

El sindicalista Marie, en representación de la Confederación de Sindicatos del Sena, pronuncia un fogoso discurso contra la guerra. Afirma que no debe obrarse contra la propia conciencia, recordando el caso del coronel francés Saint Remy que se negó á cumplir una orden de expulsión de una comunidad religiosa.

Añade que las ideas del proletariado han cambiado mucho en pocos años, citando el caso de que cuando la guerra de Madagascar se ofrecían en Francia regimientos enteros como voluntarios y que ahora no se presentan de éstos ni un diez por mil.

Como á su compañero Desmoulins, le tradujo el discurso el compañero Bulfi.

En nombre de la Confederación Nacional del Trabajo, de España, usó de la palabra José Negre, quien dijo que se acercaban días memorables para el proletariado, porque á la burguesía se le acaba la hegemonía que disfrutaba, á pesar de estar en ínfima minoría, y no podrá seguir haciendo más negocios á costa de la sangre y vida de los demás seres humanos.

Manifiesta que contra la fuerza de los gobernantes cuentan ellos con la huelga general revolucionaria, y que si en la lucha que se aproxima—dice—atacan ellos á nuestro estómago, acudiremos nosotros á los medios que conocemos para dejarlos sin caja y sin negocio.

Uno de los delegados franceses vuelve á hacer uso de la palabra para decir que enterados de la detención de García Cortés, por los conceptos que expuso en el mitin de Madrid, declaran que se hacen solidarios de las manifestaciones de aquél y que ellos y la Confederación General del Trabajo de Francia se asocian á todas las campañas que se organicen en favor de los perseguidos.

Resumió los discursos el presidente, recordando que al mitin de Madrid asistieron delegados de la autoridad que tomaron apuntes de los discursos para presentarlos á sus superiores, y que no ocurrió nada hasta el día siguiente, en que á consecuencia de las reseñas publicadas por la prensa burguesa, se decretó la detención de García Cortés. Tened esto presente—añadió—y leed mañana los periódicos, porque si aquí sucede algo igual, conoceremos á un policía más.

El compañero Permañer, que actuaba de secretario, dió lectura á las conclusiones aprobadas en el mitin celebrado en París y que ya publicamos en el número anterior, siendo también aprobadas.

A la salida del mitin, varios compañeros repartían una hoja titulada «Al pueblo.—Concluya la farsa», la cual publicamos en otro lugar de este número.

CRÓNICAS DE VERANO

I

La necesidad de un descanso veraniego y la buena voluntad de un compañero me han determinado á pasar unos días en una villa no lejos de Barcelona.

Dispuesto á aprovechar el tiempo recogiendo impresiones que, juzgadas con rectitud, puedan contribuir á la obra de difusión de la verdad, transmito á mis habituales lectores de TIERRA Y LIBERTAD esta primera crónica.

Presenciábamos el acto insignificante de cerrar la puerta de una casa un compañero, un vecino y yo.

El primero es un antiguo militante en el socialismo de población industrial, que suele constar de aspiraciones emancipadoras medianamente definidas y de pasiones determinadas por luchas locales; el segundo es un americano que, según parece, ha traído de Buenos Aires una fortuna y un infortunio, la primera consiste en algunos miles de pesos, y el segundo en un entendimiento viciado por irracionales prejuicios.

—He ahí una operación que se ahorrarán los que vivan en la sociedad futura,—dijo el compañero.

—¿Cómo?—interrogó el americano.

—Sencillamente porque teniendo todos asegurada la satisfacción de sus necesidades, nadie pensará en robar y serán innecesarias las precauciones para evitar el robo.

—¿Serán todos ricos?

—Ni ricos ni pobres, sino hombres que vivirán fraternalmente.

—¿Pues quién trabajará?

—Todos y todas, menos los niños, los ancianos y los enfermos.

La sencillez y el aplomo con que el compañero soltaba afirmaciones rotundas, fortalecidas por la solidez de un criterio anarquista, causaban desastroso efecto en la aburguesada mollera del americano. Sus ideas, como moscas que se ceban en estercolero y sienten interrumpida su operación por la caída brusca de un cuerpo extraño, se alborotaron, y aquel rico, que me parecía un pobre hombre, me miró angustiado como pidiendo socorro.

Verdad es que el que se ahoga se agarra á un clavo ardiendo, pero no es menos cierto que el contacto con el fuego es insoportable y el clavo ha de soltarse; y así le pasó conmigo al náufrago americano, que quedó nadando en un mar de confusiones cuando le dije:

—La cosa es clara: si todos tienen derecho á vivir, y se vive por el trabajo adaptando los bienes naturales á nuestras necesidades, todos tienen deber ineludible de trabajar, y ese deber le cumplirá todo el mundo en una sociedad regenerada.

—Sí, bien; pero...

En aquel pero y en los puntos suspensivos que dejó marcados me representó el alboroto de las moscas antes indicado. Ideas sueltas, incongruencia, absurdo, la especie de fermentación que existirá en el cerebro de un loco, todo eso reflejaba la fisonomía de aquel pobre rico, que se tranquilizó al fin porque nos despedimos, dejándole que arreglara como pudiera su perturbada mentalidad.

Hablé después con otro compañero, que me pareció una curiosa mezcla de ideas anarquistas adaptadas á la ambiancia. Érase un payés, propietario de un corto pegujal que él mismo cultiva, y vive ayudado por el trabajo de su mujer, obrera en la fábrica. No tienen hijos; él había trabajado también en la fábrica; pero la independencia de su carácter y cierto espíritu rebelde, determinado en gran parte por las ideas emancipadoras adquiridas por la propaganda le han enemistado con patronos y capataces, inhabilitándole para someterse á la explotación, por lo que se ha creado un medio ambiguo, ni capitalista ni asalariado, que le permite vegetar á fuerza de actividad y de ingenio.

Me expuso su situación moral y material con razonamiento vigoroso, lenguaje claro y á veces con retórica inmejorablemente artística y persuasiva.

Hablando de la industria moderna y de la aplicación de la mecánica, que aumenta de una manera espantosa el número de los *unemployeds*, de los que sobran porque la burguesía no los necesita, como si la burguesía fuera la humanidad y el proletariado un accesorio del que se echa mano en un apuro y del que se prescinde cuando ha dejado de servir, tuvo una frase feliz que consigno con satisfacción y la entrego al azar de la propaganda.

—La máquina es un progreso, dijo; pero en esta sociedad enriquece al burgués y mata de hambre al obrero. Contra ella es inútil luchar, porque ha de prevalecer siempre; ni vale tampoco luchar para lograr mejoras en la jornada ni en el jornal. Aquí no hay más que obrar con el patrón de la misma manera que éste obra con el jornalero. Se produce en gran cantidad, hay exceso de producción, sobran trabajadores, ¡á la calle con ellos!—dice el propietario capitalista. *Despidamos al patrón, prescindamos del explotador,*—debemos decir y hacer los trabajadores. Para mí lo de la emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos, si no vale para eso no sirve para nada. Tengo por cierto que hasta que los trabajadores no piensen y obren así, hasta que despidan para siempre al patrón, la revolución será un espejismo como el que ven los viajeros que cruzan el desierto soñando con agua y muriendo de sed.

El pensamiento me pareció cierto, su expresión acertada, y deseando que circule, sugestione entendimientos y suscite energías revolucionarias, me complazco en transmitirlo desde

Castellar del Vallés 9 de agosto de 1911.

ANSELMO LORENZO

Para el primer tema del Concurso

¿CÓMO SE PODRÁ VIVIR ANÁRQUICAMENTE EN COMUNISMO?

Para vivir en la forma citada, creo necesario que la humanidad se halle perfeccionada hasta un extremo tal, que cada cual esté convencido de que su bienestar estriba en el bienestar de todos. Esto logrado, desde el momento en que junto con los gobiernos y las leyes habrán desaparecido también los mil oficios, carreras y modos de vivir que actualmente disminuyen de un modo considerable, el número de los verdaderos trabajadores, ó sea de los que producen con su trabajo lo necesario á la vida humana, mirada bajo todos sus puntos de vista; cuando ya no existan un sin fin de prejuicios, que actualmente contribuyen á crear hábitos, costumbres y estados de ánimo especiales, que ayudan á fomentar antagonismos, rencillas y odios irreconciliables entre las diversas clases, razas é individuos en que se divide la sociedad en que vivimos, se presenta facilísima la existencia de una sociedad basada en el sistema anárquico comunista. Voy á tratar de demostrarlo.

Al desaparecer los gobiernos, habrá desaparecido también la división de la tierra en estados independientes entre sí, sobrando, por lo tanto, desde aquel momento, todos los organismos y agentes de diferentes grados ó categorías que actualmente lo representan, así como los destinados á hacer efectiva dicha representación, tanto dentro de los límites de dichos estados como en sus relaciones exteriores, tales como los reyes ó presidentes de República, los ministros, embajadores, agentes diplomáticos, generales, almirantes, gobernadores, etc., con todos sus subordinados, es decir, toda su parte oficial, su cuerpo diplomático y sus ejércitos, así terrestre y marítimo como aéreo, si este último llegara á crearse.

Suprimiendo el gobierno, desaparecerán también las leyes y con ellas la propiedad particular, con su representante, el capital; lo cual habría puesto, lo mismo al gran propietario que al opulento banquero, al mismo nivel del pequeño terratamento y del modesto trabajador, sumándose por necesidad á él, junto con los citados anteriormente y con el crecido número de los que actualmente sostiene el Estado para recaudar y administrar lo que se llama Hacienda pública.

Como por efecto de la desaparición de los organismos antes mencionados, nadie tendría interés en hacer creer á los demás lo que no fuera lealmente reconocido por cada uno en particular, habrían desaparecido también la diversidad de las doctrinas religiosas, políticas y sociales, las ambiciones personales, luchas comerciales é industriales, el afán de figurar, etc., y los odios, las mentiras, el fraude y el robo, no tendrían razón de ser. Siendo buenos, en general, los instintos humanos, rotas las ligaduras que en la actualidad los sujetan, deshechos los prejuicios que al presente los atrofian, desaparecidas las causas artificiales que provocan las pasiones, de que son consecuencia los crímenes, no tendría necesidad de funcionar una justicia, también imperfecta, como todo lo existente, y el enjambre de magistrados, jueces, abogados, procuradores, notarios, escribanos y demás subalternos que ahora la integran, habrían pasado á ser otros tantos colaboradores que contribuirían al bienestar moral y material de la sociedad, por medio del trabajo, que habiéndose hecho más simpático por haber perdido su carácter de esclavitud; no teniendo necesidad de buscar el que reuniera mejores condiciones económicas, como actualmente sucede; teniendo en cuenta que podrían emplearse sin regateo alguno todos los medios que hubiera ideado la Ciencia para hacerlo más fácil é higiénico, y por tanto, menos peligroso, siendo voluntaria la duración de la jornada, todos los hombres escogerían libremente la clase de trabajo á que por sus disposiciones naturales tuvieran más inclinación y lo practicarían con agrado (sin ningún género de duda), mientras sus fuerzas se lo permitieran, fuerzas que tardarían en agotarse mucho más que en la actualidad, en que por nutrición insuficiente, exceso de duración de las jornadas, trabajos de noche y en locales antihigiénicos, y con instrumentos ó herramientas poco perfeccionadas, llega á la vejez antes del tiempo señalado por la Naturaleza.

Siendo agradable el trabajo, habrían desaparecido en casi su totalidad los holgazanes y con ellos los vicios, aberraciones y monstruosidades puestos en práctica para mantenerse sin hacer nada, los medios de entretener la vagancia, como la embriaguez, el juego y la prostitución, mientras se desarrollarían expontáneamente y en completa libertad, la simpatía, el amor y la amistad, siendo no sólo posible, sino casi insubstituíble, una vida en común, libre de toda clase de prejuicios, limitadas á su mínimum las enfermedades, sana, robusta, donde sólo reinaría la franca expansión y la alegría.

Deben tenerse presente, sin embargo, algunos inconvenientes, pocos en relación, pero inevitables en absoluto, que vendrían á turbar de vez en cuando, la serenidad de una existencia realmente perfeccionada (pero no hasta un extremo tal que pudiera dominar completamente las leyes de la Naturaleza), y ésta con su constante evolución traería á los humanos nuevos problemas difíciles de resolver; con sus bruscas convulsiones ocasionaría desgracias imposibles de prevenir, si bien más fáciles de remediar que en la actualidad, una vez ocurridas, y entre sus infinitamente variadas producciones, no dejaría de producir criaturas exóticas ó anormales, que resistiendo los esfuerzos de la ciencia para corregir sus defectos, sería preciso separarlas de la vida común, para evitar males de más consideración.

No nos es posible á los que vivimos en la actualidad señalar, ni aproximadamente, el medio de resolver las contingencias que pueden presentarse, relacionadas con el primero de los casos expuestos; pues al hombre actual no le es posible adivinar con certeza el porvenir; en cuanto al segundo, la Solidaridad humana tal como ahora se practica, ya puede dar buenos resultados, que serán mucho mejores cuando por transformación natural en sentido progresivo, haya mejorado también la expresada Solidaridad.

El tercer caso, fijándonos únicamente en la producción que podremos llamar atávica, de seres racionales abarca varios extremos que pueden traducirse por las siguientes preguntas:

¿Qué se hará con los individuos que, disfrutando de buena salud y de robustez completa, sean refractarios, absolutamente, al trabajo?

¿En qué forma se procederá con los que se embriaguen y provoquen en tal estado á los demás ó cometan alguna desgracia?

¿Cómo se tratará á los que influídos por las costumbres antiguas traten por medios abiertos ó solapados de sobreponerse á los demás, ya acaparando los productos comunales, ya imponiéndose por la fuerza ó usando de la astucia?

¿De qué modo serán tratados los locos furiosos?

Todas las preguntas anteriores pueden contestarse con una sola respuesta: Tratándoles como enfermos; aislando á los provocadores ó furiosos, como se hace actualmente con los infecciosos, quedando al cuidado de los médicos, y dejando á los inactivos en completa libertad de vivir sin hacer nada, como si fueran impedidos.

Es absurdo el temor que algunos abrigan de que los inactivos puedan contagiar su mal á los demás. El hombre, por naturaleza, es activo, y sólo puede aceptarse, por escepción, la posibilidad de la existencia de un ser humano, incapaz de proveerse por sí mismo de lo necesario á su subsistencia, dejando aparte los niños, ancianos, enfermos é impedidos, y en cuanto á éstos, estando ya asistidos en la actualidad, aunque imperfectamente, puede afirmarse con seguridad, que irá perfeccionándose su asistencia hasta llegar á un grado tal que no dejará nada que desear cuando, para bien de la humana especie llegue el momento de implantarse el sistema comunista mundial.